

Fotos: Archivo Wanda Rutkiewicz



Wanda Rutkiewicz es la alpinista que presenta el más dilatado historial.

La alpinista polaca desapareció cuando intentaba en el Kangchenjunga su noveno ochomil

WANDA RUTKIEWICZ

UN SUEÑO INACABADO

Antxon Iturriza

WANDA RUTKIEWICZ no podrá ya completar su ambición de convertirse en la primera mujer que consiguiera ascender a los catorce ochomil planetarios. A mediados del mes de Mayo, la alpinista polaca fue dada por desaparecida en la vertiente norte del Kangchenjunga (8.589 metros), cuya cumbre pretendía convertir en el noveno renglón de su cartilla ochomilista.

Wanda compartía expedición con su compatriota Arek Gasienika y con los mejicanos Carlos Carsolio, su esposa Elsa Avila, su hermano Alfredo Carsolio y Andrés Delgado.

LA última noticia sobre el paradero de la alpinista polaca la tuvo Carlos Carsolio el 12 de Mayo, a su descenso de la cumbre del Kanchenjunga. A una altitud aproximada de 8.300 metros encontró a Wanda preparando un vivac desde el cual pretendía intentar la cima al día siguiente. Ambos habían compartido la noche anterior el campo IV, a 7.900 metros, desde el que el mejicano había salido a las 3,30 de la madrugada camino de la cumbre. La Rutkiewicz se desenvolvía con mayor lentitud y en aquella jornada únicamente había progresado 400 metros de desnivel.

Tras pernoctar en el campo IV, Carsolio

descendió al día siguiente hasta el campo II, donde había acordado esperar a Wanda para completar juntos el regreso al Campo Base. Sin embargo, ni durante la jornada prevista para que intentara la cumbre, ni en los días sucesivos pudieron observar desde los campos inferiores ningún movimiento en la zona alta de la montaña, estimándose que Wanda debió de perecer en su precario vivac o, quizás, al poco de iniciar el ascenso.

Tras un tímido intento de rastreo, Carsolio, Delgado y Arek, únicos miembros del grupo presentes en el CB, tras la evacuación por congelaciones de Alfredo y Elsa, decidieron el 21 de Mayo el regreso a Kathmandu perdida toda esperanza de encontrar a la alpinista polaca.

Una reina solitaria

De esta forma se detenía de forma definitiva y en plena efervescencia la carrera casi obsesiva que Wanda había emprendido hacia la meta de los catorce ochomiles. Pendientes quedarán esos planes que tenía diseñados para completar los catorce ases de la baraja del Himalaya para el próximo año.

De momento, nadie parece que pueda suceder a quien durante más de una década ha sido la referencia destacada del alpinismo femenino y feminista en la élite mundial. Sus seguidoras en el ranking ochomilista se sitúan a gran distancia de ella. La más inmediata es la belga Ingrid Baeyens,

que se ha apuntado en el Everest, esta misma primavera, su cuarto ochomil, mientras tampoco era comparable con sus compañeras de fatigas el historial de escaladas que Wanda poseía en otros macizos del planeta.

Como la de casi todos los grandes aventureros, la vida de Wanda está cuajada de episodios turbulentos: dos divorcios, la muerte de su padre en circunstancias confusas, un ataque de meningitis y numerosos accidentes de montaña hacen de su biografía un tema digno de un serial televisivo.

Nacida en Lituania el 4 de Febrero de 1943, donde sus padres residían circunstancialmente a causa de la guerra, es trasladada con cuatro años a Breslau, Polonia. Su infancia transcurre en un paisaje ayuno de montañas, que no hacía presagiar que el destino de Wanda Blaskiewicz, como se llamaba de soltera, quedaría unido a las cumbres más altas del mundo.

Feminismo alpino

De forma fortuita, a los 18 años participa en unos cursos de escalada y un año más tarde ya completa en el Mnich su primera ascensión remarkable.

Circunscrita durante varios años a las fronteras de su país por limitaciones políticas y económicas, durante años se foguea en los duros inviernos del Tatras, antes de poder dar el salto a los Alpes en 1964.

La alternativa en la meca del alpinismo le confirmaría como una extraordinaria escaladora, defensora militante de las posibilidades de la mujer en un mundo como el alpino, tradicionalmente exclusivizado por los hombres.

El año 70 contrae su primer matrimonio, del que tomaría el apellido Rutkiewicz y asciende a los Picos Lenin (7.134), en el Pamir y Noshaq (7.492), en el Hindu Kush afgano.

Regresa al escenario de los Alpes y supera el prestigioso pilar del Eiger, sin repetir desde su apertura en 1968, a cargo de los hermanos Messner, Hiebeler y Maschke.

El fracaso de su matrimonio, tres años después de su inicio, unido a la muerte de su padre en circunstancias poco aclaradas, le hacen caer en una profunda crisis, de la que se recupera cuando, en 1975, da el salto al gran Himalaya.

Este primer encuentro con la cordillera, a la que iba a ligar su destino, resulta sumamente positivo: junto a Alison Chadwick alcanza el G-III (7.952), la cima virgen más elevada que quedaba en aquel momento en el planeta.

Su reputación como alpinista y organizadora se reafirman y es designada en 1976 co-directora de una expedición al Nanga Parbat, que no logra su objetivo.

Al año siguiente sufre un grave ataque de meningitis, que le separa momentáneamente de la actividad alpina. Vuelve a ella el 78, logrando la primera invernal femenina a la norte del Cervino y un hito que sería decisivo para el rumbo de su vida: alcanzar el Everest. Es el 16 de Octubre cuando la polaca se convierte en la tercera novia del Chomolugma y en la primera europea que logra tal hazaña. Su cuenta de ochomilista había quedado abierta.

En un extraño sesgo de su trayectoria, en 1980 obtiene el carnet de piloto de rallies, para retornar definitivamente a la montaña con la ascensión invernal al Elbruz (5.629) donde sufre un grave accidente.

K-2 o la cita con el destino

Todavía convaleciente, se sitúa en el verano del 82 al pie del K-2, dirigiendo un equipo formado exclusivamente por polacas, junto a la periodista francesa Christine de Colombel. Para entonces, ya aparece cambiado su anterior apellido por el de Scharfetter, perteneciente a su segundo marido. El intento, que coincide con el de la expedición navarra, termina en tragedia con la muerte de Anna Okopinska, a causa de un colapso cardíaco.

Retorna al K-2 dos años después, el mismo lapso que dura su segundo y efímero intento por vivir en pareja. El grupo internacional esta liderado por Stefan Wörner y forman parte de él, junto a Wanda, otras tres alpinistas polacas. El intento no va más allá de 7.500 metros. Por segunda vez, a Wanda le queda pendiente la asignatura del gigante del Baltoro.



En 1968, Wanda, en compañía de Halina Krüger, realiza la primera ascensión femenina al pilar Este del Trollryggen (Noruega)

Con las mismas compañeras marcha en el verano del 85 a la vertiente Diamir del Nanga Parbat (8.125), para lograr el 15 de Julio el primer ascenso en cordada femenina a esta montaña.

Es de subrayar la postura de feminismo militante que la Rutkiewicz desarrolla a lo largo de toda su vida deportiva, al intentar, siempre que fuera posible, realizar sus ascensiones en cordadas íntegramente femeninas.

Como acudiendo a una cita con el destino, el verano del 86 Wanda, al igual que otras figuras de la élite alpina se dan cita en las laderas del K-2. Wanda alcanza por fin la

deseada cumbre el 23 de junio, horas antes de que lo hicieran Abrego y Casimiro. A ellos se une en un apurado descenso, en el que desaparecen dos de sus compañeros de cumbre: los esposos Barrard. El tercero, el francés Michel Parmentier, perecería también en el Everest en el 88, siendo ahora Wanda la última víctima, como si una maldición persiguiera a los vencedores del K-2.

Ese mismo verano, realiza un improvisado ataque al Broad Peak en solitario, que fracasa, al igual que otro intento llevado a cabo en el 85.

En otoño se incluye con dos compañeras en una expedición austro-suiza al Makalu (8.468). Algunos miembros logran la cumbre, pero cuando las polacas tienen su opción es ya demasiado tarde.

Una carretera frenética

El 87 le encuentra camino del Annapurna (8.091) que intenta junto a los "ases" polacos Kukuczka, Hajzer y Wielicki. La escalada invernal se le escapa y deberá esperar otra oportunidad.

Ya lanzada en la carrera hacia la cota ocho mil, el 18 de Septiembre logra en el Shisha Pagma (8.027) el cuarto eslabón de su cadena de éxitos en el Himalaya. Curiosamente, le acompañan los mejicanos C.Carsolio y E.Avila, con los que compartiría su última vivencia alpina.

No hay lugar para el respiro en el espíritu de Wanda. El invierno 88/89 intenta sin fortuna el Yalung Kang, pero la suerte le viene de cara el verano siguiente al alcanzar el G-II (8.035), una vez más en grupo íntegramente femenino. Era el 12 de julio, un día antes de que repitieran el éxito los vascos Erro, Goñi e Iburguren, con el resultado de la desaparición de este último en el descenso.

El año 90 lo abre en primavera con un segundo intento fallido sobre el Makalu, para recuperar el tono en el Hidden Peak (8.068), a cuya cumbre llega el 16 de Julio, junto a su inseparable compañera Ewa Pankiewicz.

El ritmo de sus actividades va aumentando más y más. El 91 participa en un intento fallido al Kanchenjunga y en el otoño logra el deblite al ascender al Cho Oyu (8.201). A renglón seguido se dirige hacia la cara sur del Annapurna (8.091) donde repite la meritoria ruta Bonington. Era su octavo y último ochomil, pero ella no lo sabía.

El 1 de Marzo pasado, con una medalla, "la Sitara-e-Imtiaz" concedida por el gobierno de Pakistán en la mochila, Wanda Rutkiewicz partía de Kathmandu hacia la ladera norte del Kangchenjunga y hacia su destino. Sus planes eran desbordantes: primero al "Kang", sin pausa, al Dhaulagiri con dos rumanas (a las que, por cierto, se ha dado también por desaparecidas); en verano, al rebelde Broad Peak, con un grupo comercial británico; en otoño vendría Manaslu, con franceses. En lo que se dió en llamar "la caravana de sueños" de Wanda, entraba la previsión de completar para el año próximo los catorce ochomiles. Pero ya se sabe que los sueños, sueños son.

(Agradecemos la aportación de datos de J.L. SESMA Y KARTAJANARI para la confección de este artículo). ■